

EL RESPALDO DEL REY

Por Abel HERNANDEZ

EL Rey de España pronunció ayer ante el Congreso de Venezuela un discurso clarificador, capaz de devolver la confianza a amplios sectores españoles y, sobre todo, al Gobierno Suárez, que, a juicio de algunos observadores, atravesaba precisamente en estos momentos una crisis interna de confianza. Con exquisita habilidad y sin interferirse en el teje-maneje de la política concreta, el Rey ha dejado claro que respalda a su Gobierno. Los que soñaban con simas abiertas entre la Moncloa y La Zarzuela pueden perder toda esperanza.

El discurso del Rey, un verdadero discurso de Estado, rezuma optimismo. Desde su privilegiada atalaya, don Juan Carlos ve, a pesar de los obstáculos, amplios caminos abiertos a un futuro nacional estable, democrático, próspero y con un peso específico en el concierto internacional. Los sombríos agoreros de calamidades y los intrigantes de la Villa y Corte deberían tomarse unas vacaciones. Su Majestad está convencido de la consolidación de la Monarquía constitucional y de la definitiva concordia nacional en torno a la Corona. Y ve un Estado descentralizado, fuerte, unido, con el adecuado reconocimiento legal de las peculiaridades regionales. Sospechamos que va a prevalecer la idea, en la nueva Constitución, de un Estado regional sobre la de un Estado federal. El Ejército también lo prefiere.

También la política económica del Gobierno Suárez ha encontrado eco favorable en el discurso real. Sin embargo, el Rey ha subrayado que todo debe estar fundado en la «economía libre de mercado». El matiz (no ha dicho economía social de mercado) tiene importancia.

El Monarca ha contribuido solemnemente al relanzamiento de una nueva frontera iberoamericana de la política exterior española. No puede pasar desapercibida su explícita toma de postura en favor de los derechos humanos.

Su defensa pública de la democracia y de los derechos humanos en el Congreso de Venezuela tendrá amplia resonancia en determinados pueblos iberoamericanos, atenazados por dictaduras militares, como Chile, Argentina y Brasil, por señalar a los más llamativos. Con una Monarquía constitucional, asentada en una firme democracia, la influencia española en Iberoamérica va a ser cada vez más decisiva. España ya está relanzando su política de cooperación con la comunidad de pueblos iberoamericanos sobre bases realistas. Se pretende que esta comunidad de pueblos tenga verdadero peso específico en el tablero internacional. Una nación como España necesita además para encontrar su propia identidad y su poderío grandes horizontes ultramarinos, sugestivas empresas exteriores.

El discurso del Rey en Venezuela habrá contribuido ya, a estas horas, a serenar algunas taquicardias. Y es que la confianza es lo último que se pierde.